

Jorge Edwards

Por María Carolina Geel

Cuánto trabajo se ha dado Jorge Edwards para escribir *Los Convidados de Piedra* (Seix Barral, Barcelona) y cuánto deben darse los lectores si es que lo leen de cabo a rabo. Porque hay aquí un montaje que tanto apunta al plan general como al de cada página, de cada párrafo, de cada frase. Hasta de cada coma. Hay algunos párrafos que empiezan arriba de la hoja y retoman la ilación por el final, pues el autor ha metido entretanto una referencia al suceso de que se trata o al personaje, referencia que alude a otro suceso o a otro personaje, suceso o personaje que reciben a su vez otra referencia y etcétera, hasta que decide continuar la historieta iniciada allá en lo alto.

Ocurre algunas veces que el párrafo de intercalados es de tal volumen que el mismo autor se pierde un tanto. Aunque debe reconocerse que es rara vez ya que, como dijimos, el trabajo es minucioso, benedictino, como de relojero, pese a lo cual obliga a remontar la página si el que lee tiene la manía de querer entender...

Se trata de una construcción que recuerda bastante a la de Vargas Llosa, si bien en otra tonalidad. Más artista el peruano, quizá. Esta moda, más que de estilo, de aspiración a renovar en grande y no poco también a *épater*, despierta sin embargo el recuerdo de símiles de antigua data. Quienes hayan sido buenos lectores del Quijote no han olvidado las tremendas parrafadas que se mandaba Sancho Panza, filosofando nutrido sobre variadas cosas, en lo que le seguía el lector sin esfuerzo. Y acercándonos en el tiempo podemos detenernos en el gran mago: Proust. ¿Qué suerte de señorío sobre el lenguaje —sobre el lenguaje natural, obsérvese— le permitía avanzar durante páginas enteras sin punto aparte, sosteniendo un ritmo, una corriente a través de la cual íbamos descubriendo las hondas complejidades de los personajes, sin enredarnos? ¡Ah, nobilísimo placer de la lectura!

Y no olvidemos que la obra de Proust envolvió una vasta dirección de la aristocracia francesa.

El lenguaje natural. Ocurre que hay un finísimo tamiz que separa la copia a la cinta magnética del habla natural cotidiana con la que todos nos entendemos, o nos desentendemos, es lo mismo, y el habla natural de la obra literaria. Aquella es un mero atributo; ésta, una creación.

En el elogio que la editora hace al libro de Edwards, se dice: "Novela polifónica". Nos atrevemos a afirmar que es precisamente lo contrario, o sea, monofónica. Los personajes, todos parecidos en su miseria moral, giran unos en torno del otro, manejados para un solo fin inmoderadamente visible: la captación de sus valores espirituales.

Conocimos a Edwards cuando era todavía algo adolescente, con cara de ángel, y empezaba a escribir cuentos. Las dotes para ello sobresalían ya. Años después publicó una colección bajo el título de *Gente de la Ciudad*. Había ahí, entre otros, un cuento de maestría inolvidable, que trataba del día domingo vivido por una vieja más o menos gorda, de medio pelo. Era un acierto de principio a fin (en nuestra opinión Jorge Edwards es netamente cuentista). Nacido, pues, con excelentes dotes de escritor, su carrera como tal lo colocaba entre aquellos que se bastan a sí mismos, es decir, que se individualizan por esa cosa imponderable: el acento que desde la interioridad del ser determina un estilo. No fue así. Hace años que observamos el proceso de sus escritos. Ha ido siguiendo con regularidad y fidelidad todas las bogas, hasta terminar hoy día, un poco atrasado, en la de este apiñamiento de imágenes y sucesos convoyados sin tregua por la lubricidad. Uno lo lamenta de veras. Y leyendo ahora este libro alambicado, de factura intencionada, llenas sus páginas de pornografía, y viendo la calidad de gran libro que se le atribuye, nos invade un aburrimiento, aun un penoso tedio de los caminos tortuosos que va tomando cierta literatura.

A modo de compensación retomamos un libro extraordinario que leímos y comentamos hace un año, del norteamericano Jerzy Kosinski, titulado *Desde el Jardín*. Su autor, muy joven, pudo crear una obra originalísima sin creer que para ser moderno hay que ser salaz ni que para criticar el vivir de un pueblo, una sociedad y su idiosincrasia, y el estado que ese pueblo desea darse, se necesita confeccionar un narrador ad hoc, unilateral hasta parecer un mero fanteche.

El recurso de un narrador, nada novedoso, permite aquí al autor expresar críticas con la mano del gato, tal cual en la más basta y desapacible forma. En efecto, al referirse por ejemplo a un General, ex Presidente de la República, lo llama "muy Bestia", expresión que, creemos, Edwards no se atrevería a poner en sus propios labios como directo narrador del libro, simplemente por la educación que ha recibido.

Y bien, todo este *tour de force* de trescientas sesenta y cuatro páginas, donde incansablemente va dejando caer el argumento como placas de limo sobre un estanque de aguas detenidas, sin más fin, a nuestro ver, que el remarcado deseo de degradar a una clase social: la del autor. Que recordemos, no hay personaje que no sea o un cretino o un inmoral o un lascivo o todo esto junto. Todos alcohólicos hasta caer borrachos perdidos.

¿No se le pasó la mano a nuestro escritor y noveló demasiado? ¿E "intencionó" también demasiado con lo que su pretendida ironía se anuló a sí misma?